

# Ramiro de Maeztu y María de Maeztu\*

*D. Germán Yanke*

Director del centro de documentación Miguel de Unamuno y  
subdirector del periódico el Mundo del País Vasco.

Semblanza de Ramiro de Maeztu, uno de los grandes periodistas vascos y españoles del siglo XX. Se analiza su evolución ideológica, partiendo de una defensa del individualismo y derivando hacia la defensa de la nación, desde posiciones cada vez más conservadoras (identificando el ser de España con la monarquía, el catolicismo, etc.).

Se reseñan también los desencuentros, intelectuales que no personales, entre Ramiro de Maeztu y Miguel de Unamuno.

Ramiro de Maeztu, XX. mendeko euskal eta espainiar kazetari handienetako baten azalpen biografikoa. Bere bilakaera ideologikoa aztertzen da, indibidualismoaren defentsatik abaituta nazioaren defentsara iristeko, gero eta jarrera kontserbadoreagoak baliatuta (Espainia eta monarkia, katolizismoa etabar bat eta bera legez hartuta).

Ramiro de Maezturen eta Miguel de Unamunoren arteko tikimikiak ere agertzen dira, intelektualak pertsonalak bainoago.

A sketch of Ramiro de Maeztu, one of the great Basque and Spanish journalists of the XX century. His ideological evolution is analysed, starting from a defence of individualism and moving towards defence of the nation, from positions that were increasingly conservative (equating the identity of Spain with the monarchy, Catholicism, etc.)

---

\* Transcripción literal de la conferencia pronunciada por Germán Yanke.

Elías Amézaga, que es mi maestro en todo, y en algunas cosas hasta mi padre espiritual, suele decirme que no debo leer en público, que debo hacer el esfuerzo de hablar sin unos papeles delante. Le voy a obedecer en esta ocasión. Además, y no tanto por Elías Amézaga, sino por las personas que me acompañan en esta mesa, voy a ser breve. Trataré de ser el único al que Joseba Agirreazkuenaga no tenga que llamar la atención.

Pero ya que voy a obedecer en todas estas cosas, voy a desobedecer un poco a Joseba y no voy a decir casi nada de María de Maeztu, aunque sí quisiera apuntar que debía ser tan guapa como fama de hermosa tenía su madre, y tan buena escritora como aquellos hombres, en tantas cosas tan machistas, supieron reconocerle hace ya casi cien años. No dispongo de mucho tiempo y me interesa decir unas cuantas cosas, que necesariamente tienen que ser pocas, sobre Ramiro de Maeztu, su hermano.

Ramiro de Maeztu nació en Vitoria en el año setenta y cuatro, es decir, era diez años más joven que Unamuno. Pertenecía a una familia de abolengo, que en el momento inicial de la vida de Ramiro tenía dinero más que suficiente. Quienes le conocieron recuerdan que sus hábitos elegantes en el vestir, en el porte, sus conocimientos del “saber estar” eran, primero, llamativos en el colegio, y después aceptados como parte de su personalidad.

Su padre, que había nacido en Cuba, era director del periódico ABC de Vitoria; su madre, inglesa. Él, sin embargo, padeció la penuria económica y el empobrecimiento paulatino de su familia desde muy joven. Cuando apenas tenía quince años tuvo que marcharse a París para trabajar en un establecimiento comercial. Al parecer duró muy poco tiempo porque se entretenía en ensoñaciones y no atendía a las cosas que tenía que atender, o que al menos sus jefes pensaban que debía atender.

Vuelve a España y poco después, y por las mismas razones, va a Cuba, gracias a su abuelo. En Cuba tiene todos los trabajos imaginables. Trabaja en la Zafra, en el comercio, en tiendas varias, reparte periódicos... y al final, por su conocimiento de idiomas y el dominio de la lectura, –y me imagino que también por la voz y la dicción que sabía imponer a los textos–, es contratado en unas fábricas de tabaco como lector. Mientras los trabajadores trabajaban había una persona que leía; no era un servicio de la empresa sino de las asociaciones de trabajadores, que costeaban y pagaban a Ramiro de Maeztu.

En 1894, si no recuerdo mal, bastante enfermo, tiene que volver a España. Y desde luego, no ha hecho fortuna como otros vascos que fueron a América. Gracias a su madre consigue trabajar en algunos periódicos, en primer lugar en Bilbao. Ahí es donde puede demostrar su enorme valía.

Desde el primer momento, tanto los directores y los redactores de los periódicos como los lectores, se dieron cuenta de que estaban ante un impresionante periodista. Es verdad que su fama llega, sobre todo, cuando, en

Madrid, conecta con otros escritores o se encuentra con otro tipo de público, pero desde el primer momento, se descubre a un gran periodista o a lo que se podría llamar, más bien, un gran “escritor de periódicos”.

Maeztu es un columnista. Es un escritor que aprovecha los acontecimientos para introducirse en ellos y obtener algo más que la verdad, por decirlo de una forma un poco simple, para buscar en ellos el soporte para defender sus ideas. Ahí radicarán buena parte de las polémicas que mantiene con otros periodistas y con políticos de su época.

Maeztu, al mismo tiempo, tuvo siempre una visión crítica del Periodismo de su época, y le molestaba profundamente, sobre todo en Madrid, comprobar que, para muchos de los que se reunían en las redacciones, el Periodismo era más bien una disculpa para otros intereses, un escalón para conseguir un acta de diputado o introducirse en la vida pública. Para Maeztu constituía un vicio que les convertía, de alguna manera, en periodistas domeñados o controlados por los poderes públicos, sin decir lo que a su juicio se debía decir y evitar molestar a quienes en un momento determinado podían ayudarles.

Y, en segundo lugar, también le molestaba la falta de cultura y de preparación de los profesionales de las redacciones españolas de aquel momento.

En multitud de artículos, con la valentía de publicarlos en periódicos que leían los interesados, hace críticas mordaces de los redactores y los presenta pasando horas y horas en los cafés de Madrid sin leer un solo libro, tratando de que llegue algún compañero más ingenioso que cuente un chiste para que puedan reírse o divertirse criticando a algunos de los parroquianos del café durante un rato.

Creo, por tanto, que la primera característica de este personaje es ser un periodista y un maestro de periodistas. Y, además, no solamente por ese afán intelectual o de participar en la vida activa, sino también por la literatura que se destila en sus artículos.

Se acaba de reeditar *Hacia otra España* aprovechando los actos conmemorativos de la Generación del 98. No hay en las librerías en este momento muchos libros de Ramiro de Maeztu pero sí nos podemos acercar a ese libro recién publicado. Nos encontramos ante un escritor de un vigor impresionante, de una sorprendente delicadeza en el uso de las palabras incluso para decir las cosas que pueden resultar más duras o más brutales en un momento determinado. Y de un vigor que, tanto en los temas que se puedan considerar importantes como en los que se pueden tener como banales, mantiene la atención del lector desde la primera línea hasta la última. Estamos ante uno de los grandes periodistas vascos y españoles del siglo XX.

Por otra parte, pertenece de manera paradigmática al concepto de “intelectual”, que empieza en Europa con el caso Dreyfus, que se ha citado hace un rato, y que alcanza España con la Generación del 98. Personas, en defini-

tiva, que tratan de formalizar la realidad, de entenderla a través de las palabras; pero que no se conforman con eso, como pudieran hacer los clásicos o tradicionales hombres de letras, sino que pretenden cambiar la realidad introduciéndose en ella, influyendo en las personas que encuentran a su alrededor.

Y eso es lo que a Ramiro de Maeztu le movió lo largo de toda su vida, aunque no toda su vida defendió las mismas ideas. Hay en ella un desarrollo, que es una de las cuestiones que, muy brevemente, me gustaría tratar de interpretar, a mi manera, ante todos ustedes.

Comienza siendo un radical defensor del individualismo. Cree, ese Ramiro de Maeztu nietzschiano al que se ha hecho referencia hace un momento, que hacen falta hombres de gran envergadura, superhombres en la medida de lo posible, que saquen adelante el país.

A la vuelta de Cuba, encontrándose esa España en crisis, no tanto porque ha perdido las colonias sino internamente atrofiada, burocratizada y sin capacidad de reacción, subraya siempre el ejemplo de las grandes naciones. Mantiene un concepto un tanto darwiniano de las relaciones entre los distintos países, en el sentido de que cree que aquellos que no fueran poderosos y fuertes desaparecerían.

De ahí su devoción por Bilbao, que no sé si muchos vitorianos tienen hoy en día, pero que desde luego él mantuvo siempre incluso con un cierto desprecio por su ciudad natal. Veía en el Bilbao de la época el vigor de la industria, los capitales dispuestos a la creación de empresas y un quehacer constante de actividad y de comercio que representaba la entraña de lo que él deseaba.

Cuenta en un artículo su vuelta de Cuba y va describiendo los distintos puertos en los que recalaba el buque. Son lo que podíamos denominar “ciudades de provincias”, tranquilas, un poco aburridas y pasivas. Y termina el texto apoyado en la barandilla sobre la ría de Bilbao, en la que encuentra el trajín de los comerciantes, de los barcos yendo y viniendo, de la gente con prisa. Para Maeztu ahí estaba el caldo de cultivo en el que tenían que surgir los superhombres.

Pero, poco a poco, Ramiro de Maeztu va cambiando de opinión. El primer peldaño es poner esos superhombres y ese potencial al servicio del concepto de “nación”.

Y a través del concepto de “nación”, que no acaba muy bien de determinar aunque insiste en él constantemente, incluso en contra de otros miembros de la Generación del 98 (es sabido que Don Miguel de Unamuno, por ejemplo, se resistió siempre a utilizar el término “nación” y hablaba de los pueblos, incluso de la intrahistoria de los pueblos, pero no de la “nación”, como si ésta fuera una especie de ente colectivo artificial), Ramiro de Maeztu se va desli-

zando por esa pendiente, tratando de encontrar de alguna manera el ser de España, como si no le bastaran ya los superhombres o las individualidades que sacaran las cosas adelante y necesitara buscar en la tradición, en el catolicismo, en la historia, el ser de una España que hiciera que el país volviera a ser lo importante que pudo ser en el pasado. Bien es cierto que le costó dejar de ser liberal, que la pendiente fue lenta. Duró muchos años pero terminó por dejar de serlo.

Se ve claramente en el momento en el que comienza la dictadura de Primo de Rivera. Así como Don Miguel de Unamuno se rebela contra la dictadura (en la exposición que acompaña estas Jornadas hay muestras no ya de la discrepancia sino de la rabia y el odio que le producía la dictadura), Ramiro de Maeztu colabora en los periódicos de la dictadura y aunque renuncia a ser nombrado Subsecretario de Educación, no lo hace por razones políticas, sino porque quería seguir escribiendo. Más tarde acepta ser nombrado embajador en Argentina. ¿Qué ha pasado? Que pensaba que ya no había superhombres que pudieran dar a España ese ser colectivo, y tenía que haber un hombre de hierro, un dictador, un Primo de Rivera que sacara al país de la atrofia en la que Maeztu lo veía.

Durante aquellos años viaja invitado a los Estados Unidos para dar una serie de conferencias y viene, de alguna forma, tocado por el liberalismo económico y la fuerza vital que observa en los Estados Unidos. Siempre encontró en los países anglosajones (antes lo había hecho en el Reino Unido, donde fue corresponsal de prensa durante bastantes años), las causas que hacen a los países grandes y poderosos. Y siempre intentó hallar el modo de que pudieran ser trasladadas de alguna manera al caso de España.

Pero esta vuelta a la libertad de los individuos, en contra de un Estado fuerte y que los condujera, dura poco. Maeztu se va deslizado a posiciones cada vez más de derechas, identificando ese ser de España en la religión católica, en la monarquía, en las tradiciones, etc.

Es activo en la política, irónico en los debates, combatiente siempre, atractivo incluso para sus adversarios; y es elegido diputado monárquico en las Cortes de la República. Participa en cuantas revueltas contra el poder establecido se le da oportunidad de intervenir. Incluso pasa un tiempo en la cárcel y, en el año 36, es detenido en julio y fusilado en Aravaca, en la provincia de Madrid, en octubre de ese año. Allí dio muestras de la elegancia y personalidad que tuvo durante toda su vida, y ante el pelotón de fusilamiento pronuncia las palabras que luego se han hecho famosas: “Vosotros no sabéis por qué me matáis, yo sí sé por qué muero, porque vuestros hijos sean mejores que vosotros”. Este es Ramiro de Maeztu.

Solamente quisiera apuntar dos cosas más. Una relacionada con Miguel de Unamuno, que es la figura que nos ha reunido a todos aquí, en torno a la Generación del 98. Ramiro de Maeztu admiró siempre, de una u otra manera,

a Miguel de Unamuno. Le consideraba el maestro de tantas cosas... y, sobre todo, el maestro para aprender el arte de escudriñar en todos los lugares lo que hubiera detrás de la superficie. Sin embargo, hubo momentos en los que las relaciones, al menos las relaciones ideológicas o intelectuales entre ambos, entraron en crisis. En una primera época, el Ramiro de Maeztu radical y libertario, un poco descreído, que se había hecho a sí mismo en las redacciones de los periódicos, mira con un cierto desdén lo que llama “la beatería” de Don Miguel de Unamuno.

El asunto es paradójico porque seguramente, y aquí se dieron ayer algunos apuntes de ello<sup>1</sup>, nunca se pudo decir que Don Miguel de Unamuno fuera un beato; sino, más bien, que estaba preocupado, interesado, incluso angustiado, por la religión, es decir, por las cosas que no entiende, por el misterio que se encuentra en la vida, y al que un intelectual no puede dejar de buscar explicaciones.

Siguió así Don Miguel de Unamuno al cabo de los años. Murió con esa preocupación y con esa angustia. Y, sin embargo, el mismo año que Don Miguel de Unamuno, muere Ramiro de Maeztu, que le había llamado “beato”, siendo el gran defensor de la más radical ortodoxia del catolicismo, incluso visto más como un ritual y un dogma que como una preocupación trascendente.

Y, en segundo lugar, hay un momento en el que las relaciones de ambos hacen crisis porque Ramiro de Maeztu abandona el individualismo.

Maeztu aprovecha, para la polémica, un caso ocurrido en la provincia de Salamanca. Un médico llamado Carlos de Sena aparece ante la opinión pública quejándose de la lamentable situación de pobreza y de falta de instrucción que se vive en su pueblo, que se llamaba Boada. Propone una idea extravagante, pero a la vez divertida: que todos los ciudadanos de Boada emigren a la Argentina. Creía que en Argentina podían encontrar un futuro mejor y, a la vez, llamarían la atención de las autoridades españolas sobre lo que estaba ocurriendo.

Ramiro de Maeztu escribe artículos encendidos sobre el tema porque ha encontrado en Boada el caso práctico de una España atrofiada, en la que no hay superhombres o, si hay alguno, no se les deja hacer lo que deben hacer. Toma Boada como bandera.

Don Miguel de Unamuno, no se sabe muy bien si en viaje oficial o no, pero en todo caso como Rector de Salamanca, responsable de la instrucción, se trasladaba, acompañado de otras personas, a Boada. Y después de algunas medidas que seguramente no resolvían todos los problemas, logran que la

---

<sup>1</sup> Referencia a la conferencia de Angel Ortíz Alfau “Bilbao, Unamuno y la Generación del 98”. (Nota del editor).

gente se tranquilice y que por lo menos, si me permiten la ironía, no se lancen todos a los barcos hacia la Argentina.

Esto le molesta profundamente a Maeztu, que escribe un artículo titulado *La rosa y la flor de cerezo*, que es un ataque durísimo contra Unamuno en el que le llama egoísta y egotista, utilizando la terminología stendhaliana: Unamuno, según Maeztu, solo se ocupa de sus cosas y de su propia inmortalidad, no de los problemas de su país.

Don Miguel de Unamuno se lo tomó con una cierta distancia y, tiempo después, en un artículo sobre Japón y no sobre ninguna cuestión española, haciendo alusión al individualismo de los japoneses y no al concepto de “nación japonesa” como causa del progreso de aquel país, le recuerda veladamente a Ramiro de Maeztu sus ideas de antaño, que él sigue defendiendo, y cómo le resulta paradójico que se haya convertido en el más radical defensor del antiindividualismo.

Unamuno, que, como ayer nos decía Angel Ortiz Alfau<sup>2</sup>, tenía poco de la fama de malhumorado que se le endosa, reconoce que Maeztu, cuando fue individualista y radical y cuando fue antiindividualista y monárquico, tenía la misma sutileza y el mismo ingenio.

Esto, sin embargo, no significa que las relaciones entre ambos, en el tema personal, se rompieran. Tenían la grandeza de saber discutir ideológicamente sin que afectara a las relaciones personales. Don Miguel de Unamuno ayudó a la madre de Ramiro de Maeztu, que quería dar clases de inglés porque lo necesitaba económicamente. Tuvo en su casa a María de Maeztu en Salamanca. Le consiguió los trabajos que pudo, incluso para que preparara la comida en el Rectorado, y pudiera seguir sus estudios. Vivió en la casa del rector y después, cuando ya el número de hijos de Unamuno no se lo permitía, en la casa adyacente del conserje del Rectorado. Y durante todo ese tiempo además, se ocupó todas las tardes en darle clases particulares para que siguiera con éxito sus estudios.

El segundo y último asunto que quería señalar es el cambio ideológico de Ramiro de Maeztu, que es el cambio ideológico de muchos intelectuales en la Europa de la misma época: que parten de un radicalismo, bien socialista o bien libertario, y terminan en posiciones de la derecha; incluso de la extrema derecha o del fascismo.

Maeztu recibe las ideas de la extrema derecha, de emigrantes franceses en la Argentina. Por lo menos allí las afianza; y se fragua el rompimiento con su pasado.

---

<sup>2</sup> Referencia a la citada conferencia (Nota del editor).

Quisiera, para terminar, hacerle un reto a Javier Bello Portu. De estos tres vascos de la Generación del 98, un bilbaíno (Unamuno), un vitoriano (Maeztu) y un donostiarra (Baroja), parece que hay que explicar constantemente cuál fue la actitud de Don Miguel de Unamuno en el año 36. Está bien claro que después de pensar durante muy pocos días que un militar podía poner orden en la República, no dar un golpe de Estado contra la República, se rebeló contra los militares, contra lo que ayer se llamaba aquí “guerra incivil”, y contra el insulto a la inteligencia y la dictadura que se avecinaba. Pero al cabo de los años, hay que seguir explicando ese refugio en la conciencia de Unamuno en el año 36.

De Ramiro de Maeztu no hay ni que explicarlo, parece despreciado por esas ideas. Pero yo creo que la grandeza de su muerte, al menos de haber muerto por sus ideas, le deja en un lugar que ideológicamente no puede ser el nuestro; pero que no podemos dejar de considerar respetable.

Y sin embargo, Baroja, que tiene similar recorrido y que incluso en los años próximos a la muerte de los otros dos les sobrepasa con mucho en la carrera hacia la derecha, parece que del año 36 al año 56 de su muerte no hubiera existido Pío Baroja, y no hubiera vivido además en Madrid, y no hubiera trabajado en Radio Nacional de España, como si hubiera sido siempre una especie de irredento vasquista republicano y libertario.

Yo quería preguntarle a Javier, si ese “yo no seré nada” era, de alguna manera, un intento de convertirse en escurridizo, para que no supiéramos realmente lo que era Pío Baroja.